

4 de diciembre hinchando una carta de Maret la victoria del Beresina , le participó haberse cogido nueve mil Rusos, nueve banderas y doce cañones. El Almirante, decia la carta, estaba reducido á trece mil hombres.

De nuevo fueron rechazados los Rusos de Riga el 3 de diciembre por los Prusianos en una de sus tentativas. Yorek, sea prudencia ó conciencia, se contenia, y se habia reconciliado con el Macdonald. En 19 de diciembre, doce dias despues de la partida de Napoleon, ocho despues de la reconquista de Vilna por Kutusof, y finalmente cuando Macdonald comenzó su retirada, permanecia fiel todavía el ejército prusiano.

CAPITULO VIII.

Desde Vilna, con fecha de 9 de diciembre, y por medio de un oficial prusiano, se envió á Macdonald la orden de retirarse lentamente hácia Tilsitt. No cuidaron de transmitirle esta instruccion por muchas vias, ni pensaron en valerse de los Lituanos para un mensaje de tanta importancia, aventurando así la ruina del último ejército, y el único que permanecia íntegro. Esta orden escrita á cuatro jornadas de Macdonald, estuvo mucho tiempo en camino, y tardó nueve dias en llegar á sus manos.

Este mariscal dirigió su retirada hácia Tilsitt, pasando entre Telzs y Szawlia. Formando su retaguardia Yorek y la mayor parte de los Prusianos, se le adelan-

taron la distancia de una jornada en la marcha, en contacto con los Rusos y entregados á sí mismos. Algunos hicieron un cargo de esto á Macdonald, pero los mas no se atrevieron á decidirlo, alegando que en tan delicada posicion, eran igualmente peligrosas la confianza y desconfianza.

Dicen aquellos que por lo demas, el mariscal frances hizo quanto la prudencia dictaba, guardando consigo una de las divisiones de Yorek; la otra que Massenbach mandaba, iba bajo la direccion del general frances Bachelu, la cual formaba la vanguardia. Con lo que el ejército prusiano estaba dividido en dos cuerpos, Macdonald en medio, y parecia que uno respondia del otro.

Todo fué bien en el principio, aunque el peligro estaba en todas partes, por delante, detras y en el flanco; pues el ejército grande de Kutusof habia echado ya tres vanguardias contra la retirada del duque de Tarento. Macdonald encontró

una en Kelm, otra en Píklupenen, y la tercera en Tilsitt. Se duplicó al parecer el zelo de los húsares negros y dragones prusianos. Los húsares rusos de Isum fueron acuchillados y arrollados en Kelm. En el 27 de diciembre, y al cabo de una marcha de diez horas, descubrieron aquellas tropas prusianas Píklupenen y la brigada rusa de Laskow; y sin tomar aliento la atacaron, desordenaron, y le cogieron dos batallones, y quitaron en el siguiente dia Tilsitt al Ruso Tettetombom.

Hacia muchos dias que una carta de Berthier, escrita en Autonowo, con fecha de 14 de diciembre, habia anunciado á Macdonald que no habia ya ejército, y que era necesario que llegase prontamente hácia el Pregel, para cubrir Königsberg, y poderse retirar hácia Elbing y Marienburgo. El mariscal ocultó esta noticia á los Prusianos. No les habian arrancado el frio y marchas forzadas, ni queja ninguna hasta entonces; no se habia notado señal ninguna de descontento

entre aquellos aliados, ni habia escasez de aguardiente y víveres.

Pero cuando en el 28, el general Bachelu se extendió á la derecha hácia Regnitz para alejar á los Rusos, que desde Tilsitt se habian refugiado allí, los oficiales prusianos comenzaron á quejarse del cansancio de sus tropas; marchando su vanguardia de mala gana y sin precaucion, se dejó sorprender y se puso en derrota. Bachelu sin embargo, restableció el combate y entró en Regnitz.

Llegando durante este tiempo Macdonald á Tilsit, esperaba allí á Yorck y lo restante del ejército prusiano, pero no los veia llegar. Se multiplicaron en balde el 29, los oficiales y órdenes que él les despachaba, porque no se traslucia noticia ninguna de Yorck. Aumentóse la angustia de Macdonald en el 30; está pintada toda entera en una de sus cartas con fecha de aquel dia, en la cual sin embargo no se atreve todavía á mostrarse rezeloso de una desercion. Escribía « que

no alcanzaba aquella tardanza; que una multitud de oficiales y emisarios, llevaban á Yorck sus órdenes de incorporarse, y que no recibia respuesta ninguna. Así cuando iba acercándose, se veia precisado á suspender su retirada, porque no le era posible resolverse á abandonar aquel cuerpo y retirarse sin Yorck; y sin embargo le perdia aquella tardanza.»

Aquella carta finalizaba así: «Me agoto en congeturas. ¿Retirarse? ¿Qué diria el emperador, la Francia y la Europa! ¿No seria un borron indeleble para el segundo cuerpo, el abandono de una parte de sus tropas, y sin verse obligado á ello mas que por la prudencia? ¿Ah no! cualesquiera que sean los sucesos, ¡me resigno y me ofrezco gustoso por víctima, con tal que yo sea la única! Y acababa deseando al general frances, « un sueño que su triste situacion le negaba mucho tiempo hacia.»

Mandó en el mismo dia que Bachelu y la caballería prusiana en Regnitz toda-

via, se volvieron á Tilsitt. Habia anoche-
cido : Bachelu quiso egecutar esta orden,
pero los coroneles prusianos se negaron
á ello, excusándose con diferentes pre-
textos. « ¡ Los caminos, decian, estaban
intransitables ; no se hacia marchar á los
hombres con tan rigoroso tiempo y aquella
hora ! ; Eran responsables de los regi-
mientos á su rey ! » Asombrado el ge-
neral frances, les impuso silencio, man-
dándoles callar ; su fineza los sujetó, y
obedecieron aunque lentamente. Un ge-
neral ruso que se habia introducido en
sus filas, les apuraba para que le entre-
gasen aquel Frances, solo en medio de
ellos que los mandaba ; pero pronto ya
los Prusianos á abandonar á Bachelu, no
podian resolverse á hacerle traicion, y
se pusieron al cabo en marcha.

Habian rehusado subir á caballo en
Regnitz á las ocho de la noche ; y en
Tilsitt, á donde llegaron á las dos de la
mañana, rehusaron apearse. Sin embargo,
todos habian vuelto á las cinco de la ma-

ñana, y pareciendo restablecido el orden,
tomó el general algun descanso, pero
habian aparentado obedecerle, desde que
los Prusianos no se reconocieron ya ob-
servados ; volvieron á tomar sus armas,
se salieron con Massenbach á su frente,
se escaparon todos de Tilsitt silenciosa-
mente, y con el favor de la noche. El
primer albor del último dia de 1812, hizo
saber á Macdonald que le habia abando-
nado el egército prusiano.

Yorck, tan lejos de incorporársele, le
arrancaba Massenbach, mandándole res-
tituirse á su lado. Empezada su deser-
cion en el 26 de diciembre, acababa de
consumarse. Se habia concluido el 30 de
diciembre en Taurogen, un convenio en-
tre Yorck y el general ruso Dibitch. « Las
tropas prusianas debian acantonarse hácia
sus fronteras, y permanecer allí neutrales
por espacio de dos meses, aun en el
caso que su gobierno desaprobara aquel
armisticio. Acabado este término, les
quedarian abiertos los caminos para reu-

nirse con las tropas francesas , si su rey persistia en ordenárselo. »

Yorck, y especialmente Massenbach, sea temor de la division polaca con la que estaban unidos, sea respeto á Macdonald, usaron de algun pudor en su desercion. Escribieron á este mariscal. Yorck le participaba el convenio que acababa de concluir, y le coloreaba con especiosos pretextos. « El cansancio y la necesidad le habian reducido á ello; pero añadia que se inquietaba poco del juicio que las gentes formaban sobre su conducta; que su obligacion para con sus tropas y la mas madura reflexion, se la habian dictado; que ultimamente, cualesquiera que fuesen las apariencias, le habian guiado los mas puros motivos. » Massenbach se disculpaba de haberse marchado de oculto. « Habia querido evitar una impresion muy penosa para su corazon, y temido que los afectos de respeto y aprecio que conservaria hasta el fin de sus dias para con Macdonald, le hubie-

sen impedido cumplir con su obligacion. »

Macdonald se vió reducido repentinamente de veinte y nueve mil hombres, á nueve mil; pero en las ansiedades que le atormentaba dos dias hacia, un fin de cualquiera naturaleza era un alivio.

CAPITULO XI.

Así comenzó la desercion de nuestros aliados. No me estableceré juez de la moralidad de este suceso, y los venideros decidirán sobre ello. Sin embargo, como historiador coetáneo, debo referir no solamente los hechos, sino tambien la impresion que ellos dejaron, cual existe todavía en el ánimo de los principales gefes de ambos cuerpos del ejército aliado, actores ó víctimas.

Los Prusianos no esperaban mas que una ocasion para romper una alianza forzada; habia llegado este momento, y no le malograrón. Sin embargo, no solamente rehusaron entregar á Macdonald, sino que tambien no quisieron dejarle hasta que le hubiesen sacado, por decirlo así de la

Rusia, y puéstole en lugar seguro. Macdonald, por su parte, luego que hubo conocido que le abandonaban, pero sin tener una prueba material de ello, se obstinó en permanecer en Tilsit á la discrecion de los Prusianos, primero que darles con una prontísima retirada un motivo de desercion.

No abusaron de este noble porte los Prusianos. Hubo por parte de estos desercion, pero no traicion, lo que en este siglo y despues de tantos males como ellos habian padecido, puede tener visos de un mérito todavía; y no se reunieron á los Rusos. Habiendo llegado á su propia frontera, no pudieron resignarse en ayudar á su vencedor á defender el suelo de su patria, contra los que se presentaban como sus libertadores, y que lo fueron; se hicieron neutrales, y unicamente, es preciso repetirlo, cuando desembarazado Macdonald de la Rusia y de los Rusos, tenia libre su retirada.

La continuó este mariscal hácia Kœ-

nigsberg, por Labiau y Tente. Sus espaldas estaban aseguradas con Mortier y la division Heudelet, cuyas tropas recién llegadas ocuparen todavía Insterburgo, y contenia á Tchitchakof: tenia efectuada su reunion con Mortier en el 3 de enero, y cubria Kœnigsberg.

Sin embargo, fué una felicidad para la reputacion de Yorck, que Macdonald, tan debilitado, y cuya retirada se habia interrumpido con su desercion, hubiera podido incorporarse con el ejército grande. La incomprendible tardanza de la marcha de Wittgenstein salvó á este mariscal: el general ruso sin embargo, le alcanzó en Labiau y Tente, en donde sin los esfuerzos de Bachelu y su brigada, sin el valor del coronel Kameski, y el capitán Ostrowski, polacos, y del capitán bávaro Mayer, el cuerpo de Macdonald, abandonado de esta suerte, hubiera sido pellizcado ó destruido; hubiera parecido entonces que Yorck le habia entregado, y le hubiera tildado fundadamente la his-

toria con el nombre de traidor. Seiscientos Franceses, Bávaros y Polacos, quedaron muertos en aquellos dos campos de batalla; cuya sangre acusa á los Prusianos de no haber asegurado con un artículo mas, la retirada del gefe á quien abandonaban.

El rey de Prusia desaprobó á Yorck, le destituyó, y nombró para substituirle á Kleist, y dió orden á este de arrestar á su antiguo gefe, y mandar conducirle á Berlin, igualmente que á Massenbach, para juzgarlos allí; pero estos generales conservaron su mando á pesar de la orden real: no tuvo el ejército prusiano por libre á su príncipe, á cuya opinion servia de fundamento la presencia de Augereau y algunas tropas francesas en Berlin.

Sin embargo, Federico no ignoraba nuestra total ruina. Narbonne no habia aceptado en Smorgony, su mision cerca de este monarca, mas que exigiendo de Napoleon que le autorizase para una ilimitada franqueza. Este enviado, Auge-

reau, y otros muchos, han afirmado que Federico no se contuvo solamente por su posicion en medio de las reliquias del egército grande, y por el temor de ver parecer otra vez á Napoleon con nuevas fuerzas, sino tambien por su fé jurada, porque todo es compuesto en el mundo moral, como el fisico, y tienen parte muchos motivos diferentes en una sola accion nuestra. Pero su buena fé ultimamente se rindió á la necesidad, y su temor á otro mayor. Dicen que se vió amenazado en algun modo, con la pérdida de su corona por el pueblo y nuestros enemigos.

Debe advertirse que aquella nacion prusiana que arrastraba á su monarca hácia Yorek, no se atrevió á sublevarse por sí misma mas que sucesivamente á la vista de los Rusos, y solamente á proporcion que nuestras escasas reliquias abandonaban su territorio. Un hecho de aquella retirada, pintará las disposiciones de esta nacion, y cuan dominada la

tenia el ascendiente de nuestros triunfos á pesar de sú ódio.

Mandado volver á Francia Davoust, atravesaba tercero él, X... Esta ciudad esperaba á los Rusos; su poblacion se conmovió á la vista de estos últimos Franceses. Los murmullos, mútuas incitaciones y gritos por último, se sucedieron rápidamente, no tardaron los mas enfurecidos en cercar el coche del mariscal, y desenganchaban ya los caballos, cuando se presenta Davoust, arrójase sobre el mas insolente, le lleva arrastrando á la trasera de su coche, en que manda á sus criados que le aten. Atemorizado el pueblo con esta accion, se detuvo, poseido de una inmóvil consternacion, y se abrió despues dócil y silenciosamente por delante del mariscal, que le atravesó llevándose á su cautivo.